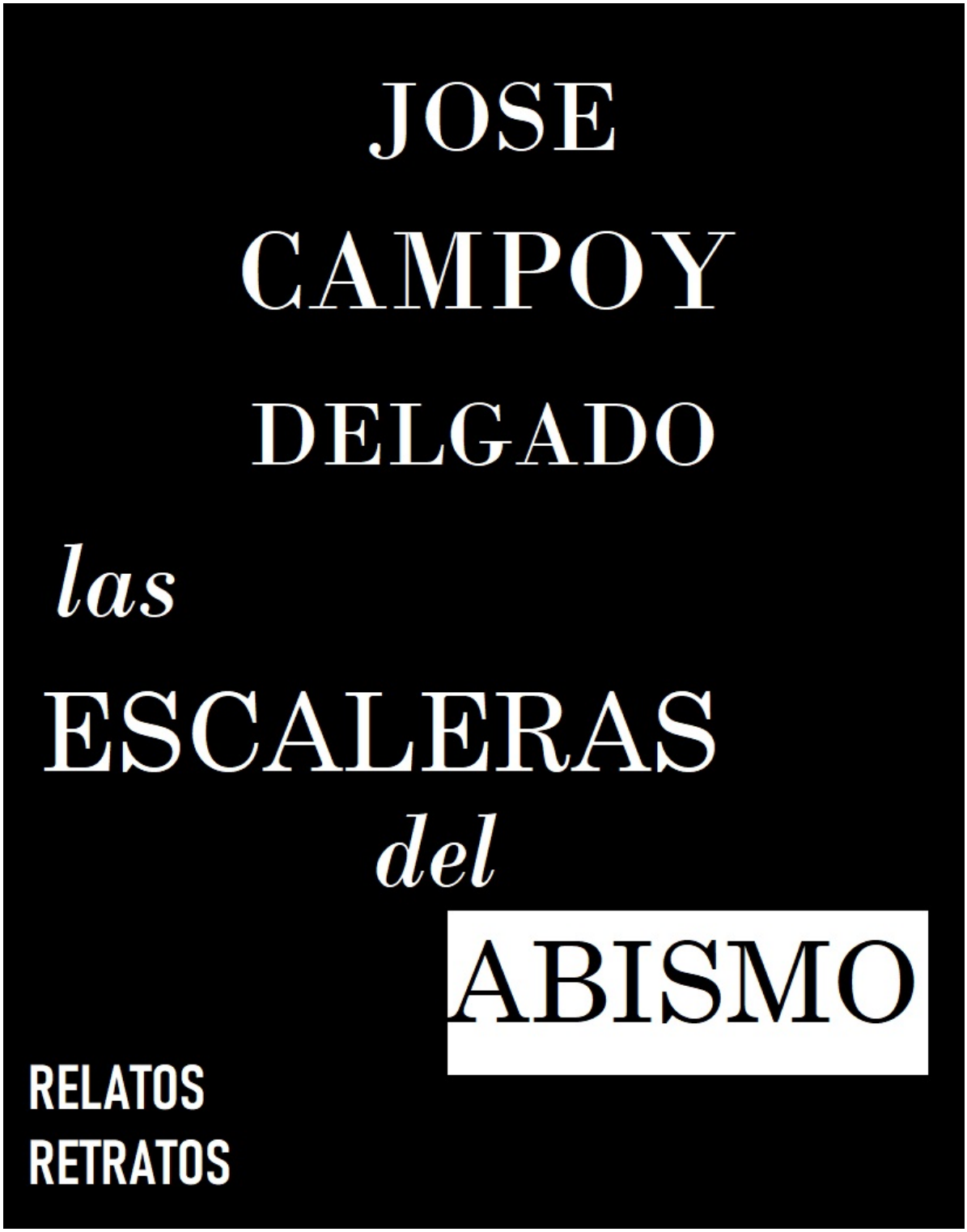
Las Escaleras del Abismo

Jose Campoy Delgado



Capítulo 1

Siempre he concebido la idea de libertad como aquello que todos los hombres creen poseer. Cualquier persona puede pensar que es libre para hacer y deshacer todo acto de su vida, siendo dueña de sus acciones. Son cretinos que creen manejar todos sus pasos y que son auténticos controladores de sus miserables vidas. No se pueden prever ciertas causas y consecuencias, y no está en nuestra mano todo lo que para bien o mal sucede.

La verdad es que hay que sacrificarse a uno mismo para alcanzar el privilegio de la libertad. Emanciparse de la culpa, de tristeza, de felicidad y de falsas realidades. Ser libre para convertirte en lo que desees, hacer lo que te plazca y que suceda lo que tú deseas.

Primero tienes que dejar atrás todo lo que llevas contigo mismo, rechazar todo lo que eras. Tienes que mirarte al espejo y contemplar como tu mundo ha dejado de mirarte, como las horas no transcurren, el sinsentido de cada acción, las furtivas decisiones que no conducen sino al sufrimiento propio y a la caída, los inevitables errores, los remordimientos y el eterno odio al enemigo que vive tras el mismo espejo que miras.

Luego tienes que deshacerte de todos los lastres que te acompañan, si no siempre vivirás anclado en otra vida que ya no te pertenece. Dejas tu trabajo, abandonas a tu familia, tu casa, tu ciudad, quemas tu ropa, las fotos, los libros de tu infancia. Te despides del amor y del odio, del aburrimiento y la dicha, de las inútiles culpas, de las idas y venidas, del ser y estar.

Te secas las lágrimas mientras sonríes porque ya estás cerca de conseguirlo.

Solo queda una cosa más, mirarte de nuevo en ese espejo que te mostró el triste pasado. Desnudo frente al espejo contemplas tu obra magna: la reinvención.

Yo soy libre porque así lo he querido. He sacrificado mi mundo para alcanzar la libertad de la que todos hablan. He borrado el pasado y la conciencia. Ahora yo elijo el camino a seguir, las decisiones están en mi poder. Yo soy el presente y el futuro. Y en mis manos están las herramientas para hacerlo todo.

Para volver a nacer, primero tienes que matarte.

Al bajar del coche, me aproximé al cartel que daba nombre al pueblo que me dirigía. Ese podría ser su nombre, o podrían ser mil distintos, y no cambiaría nada de aquel lugar. Se trataba de un recóndito pueblo turístico con apenas mil habitantes, rodeado de altas montañas con innumerables árboles que, daban sombra al mar que decoraba aquel mágico escenario. Era el sitio perfecto para alejarse del bullicio, el tráfico, la ciudad, los pitidos, los ruidos, el estrés, las prisas. Un memorable paisaje para descansar, sentarse a contemplar la caída del sol, adentrarse en el bosque, pasear por la orilla de la playa y vivir en un mundo muy alejado del que ya conoce uno.

Desde aquel alto se veían las montañas cruzarse entre sí, concibiendo más y más árboles verdes que se perdían a lo largo de bosques profundos. Entre la sierra se mostraba a la vista la hilera de casas de los habitantes, y más al fondo, el celeste característico del mar. En las lejanías distinguí una oscura y majestuosa silueta: un faro. Desde pequeño sentía una enorme curiosidad por los faros, los guardianes del mar. Por la noche alumbraban el agua en busca de todo tipo de criaturas marinas que acechaban a los marineros, como las sirenas. Allí donde había un faro, ocurrían extraordinarios sucesos.

El pueblo era un laberinto de callejones perpetrado por casas construidas con muros de piedra y ladrillo. Las casas parecían estar construidas sobre montaña, de tal forma que todos los caminos descendían hasta la playa.

Aparqué el coche enfrente del pequeño hogar alquilado, una casa de piedra dotada de dos plantas, y bajé la pequeña maleta que traía conmigo.

Introduje las llaves de la morada número treinta y dos, giré el pomo de la puerta y me adentré en mi nuevo hábitat. La oscuridad es lo primero que llegó a mis ojos, y después las siluetas de los muebles gracias al sol que se filtraba en la casa. Tanteé la pared de la puerta hasta dar con algún interruptor, que logró invadir el comedor de luz y permitir una visión más clara. El salón, bastante amplio, estaba decorado con cuadros de barcos, grandes peces y mar en las paredes blancas. Había una llamativa alfombra de terciopelo bajo los dos alargados sillones que descansaban frente a una chimenea consumada en la pared. Aún no había terminado el invierno y aunque en la ciudad hacía frío, en este lugar se notaba aún más a estas horas de la tarde.

Avancé por el salón hasta la puerta de la pequeña y azulada cocina, bien limpia y provista de principales utensilios. Ascendí las escaleras que conducían a la planta superior, mientras escuchaba el chirrido de la vieja madera al ceder mi peso. Había un largo pasillo blanco, sin decoración alguna, que terminaba con una habitación de puerta cerrada al fondo. Abrí la primera puerta que tenía a mi lado, encontrándome el dormitorio principal. Una cama grande reposaba en el centro de la sala, a su lado una mesita pequeña y frente a ella un armario de madera. Me aproximé a la esférica ventana de la habitación y deslicé la cortina para contemplar las vistas que tenía desde arriba. La parte de atrás de la casa estaba rodeada de maleza alta y ofrecía una imagen descuidada del lugar. En el centro de la parcelita yacía una fuente de piedra custodiada por dos niños ángeles, que carecía de agua y tampoco parecía estar en buen estado. Miré de nuevo la puerta del fondo y me aventuré a descubrir los secretos que escondía. Se trataba de un estudio sin ventanas, oscuro, con mal olor y polvoriento. Disponía de un escritorio frente a la pared con un espejo de madera en la misma, y una estantería llena de libros comidos por el polvo. Aquella sería una habitación totalmente inservible para mí, no le sacaría ningún provecho. No sentía el mínimo interés por la repleta estantería de libros ni por el escritorio, listo para colocar una hoja sobre él y escribir. Curiosamente, en tiempos pasados y vidas anteriores me habría maravillado la idea de tener ese estudio en casa.

Mientras el sol se rendía y la oscuridad se filtraba por la ventana, empecé a sacar todo mi equipaje de la pequeña maleta que traía. No sabía cuánto tiempo se iba a alargar mi estancia en aquel pueblo, pero podía estar cuanto quisiese. No tenía ninguna prisa desde que, hace tiempo, el tiempo se relativizó. Sentí el peso de mi cansancio tras el largo viaje y no tenía hambre alguna. Pensé en la chimenea del salón y en mis ojos cediendo ante el crepitar de la leña y el calor arropándome en uno de los sillones.

Bajé al comedor en busca de palos para conseguir prender algo de fuego, pero no había rastro de madera por ningún lado del salón. Recordé la parcela que había en la parte de atrás de la casa, quizás encontraría algún palo que otro entre tanta maleza. Al abrir la puerta de la calle, una brisa de viento frío me provocó un escalofrío que se apoderó de mis huesos. Era necesario encender esa chimenea.

En persona pude comprobar que la maleza era realmente alta y que las malas hierbas se enredaban en los zapatos. Me acerqué a la fuente de piedra para observarla detenidamente. Sin caudal, la fuente decorada con los dos niños celestiales mostraba las alas rotas y partes del cuerpo de las figuras agujereadas por el paso del tiempo y el nulo cuidado. Detrás del monumento, hallé un pesado saco que contenía la madera, y a rastras con él volví a entrar en la casa.

Tras un par de intentos, sorprendentemente, conseguí encender un breve pero intenso fuego que enseguida calentó el gran salón y mi cuerpo. Tendido en uno de los sillones, miraba la creciente llama sin perderla de vista durante varios minutos. El fuego era hipnotizante, quedé totalmente obsoleto por aquel cómodo calor.

Un pequeño ruido en la ventana del salón hizo que recobrase el sentido incorporándome del propio susto. Miré la cortina que ocultaba la ventana, justo al lado de la puerta principal. Dudé por unos instantes. Me fui acercando lentamente para oír de forma clara aquel sonido agudo, breve e inquietante. Se escuchaba un pequeño toquecito en el cristal de la ventana, como si alguien estuviera tocando desde la calle. Pero no con los nudillos, sino con las uñas.

El sonido se hacía cada vez más molesto, las uñas chocaban en el cristal de forma más rápida y fuerte. Era uno de esos ruidos que taladraban el cerebro. Tragué saliva y agarré la cortina para ver quién había tras la ventana. Unos ojos oscuros se clavaron fijamente en los míos sin pestañear. Era un hombre de mediana edad de rostro pálido y mirada fija, con los brazos pegados al cuerpo y la cara casi rozando el cristal. Aquella figura empezó a hacer un gesto de negación con la cabeza de un lado a otro sin mover el cuerpo ni la boca, simplemente moviendo sin parar la cabeza cada vez más rápido. Me apresuré a abrir la puerta, pero al salir pude ver como su acelerada silueta se perdía ya entre las sombras mientras corría calle abajo.

A la mañana siguiente, y ya con más energías, desayuné en una pequeña cafetería del pueblo. Disfrutaba del café y de una tostada de tomate mientras recordaba la noche anterior. Quién fue el tipo que apareció tras la ventana y por qué lo hizo. Volví a sentir el inquietante golpecito de sus uñas contra el cristal y visualicé su cabeza negando sin fin. No pude averiguar nada sobre el extraño y tampoco me apetecía encontrármelo de

nuevo pegado a la ventana esa misma noche.

Apretados en la barra del bar, seis o siete ancianos charlaban en compañía mañanera de un buen vaso de coñac, desayuno provisto de suficientes proteínas para funcionar el resto del día. De vez en cuando alguno de ellos se daba la vuelta y miraba a la mesa donde estaba yo. Sabían que yo no vivía allí y que era un turista más. No faltaron los cuchicheos y las miradas indiscretas hasta el final del desayuno. Aquella mañana la dedicaría a ver la playa, a pasear por sus orillas y disfrutar del sol, dejándome llevar por el olor de la brisa, la fina arena y la fresca agua. Le pagué al severo dueño de la cafetería lo servido y marché lo más rápido que pude, en compañía de los cotilleos y miradas de los ancianos.

Bajé una hilera de calles estrechas, que parecían no tener fin, hasta localizar el mar y alcanzar el paseo marítimo. Esa parte del pueblo no tenía nada que ver con la zona alta: una pila de restaurantes preparaba las mesas para la hora de comer, los menús y las terrazas. Crucé la acera hasta la orilla de la playa, me quité los zapatos y me dediqué a pasear y a disfrutar de la relajación que la costa ofrecía. Sentía la arena caliente entre los dedos y que la humedad del mar se filtraba en mis pulmones. En otra vida, habría sido imposible disfrutar de aquella escena de playa. Pero no en esta nueva vida de cambios.

Por la mañana hacía una temperatura radiante, se podía disfrutar del sol y las vistas eran magníficas. El mar se veía infinito y la oscuridad se apoderaba del agua cuanto más lejos alcanzaba la vista. Caminé sin prisa hasta divisar la gran torre que protegía esas marejadillas, la atalaya que protegía cada noche la vida humana y que dividía a los habitantes del pueblo de los salvajes monstruos marinos. El faro se elevaba sobre un peldaño de montaña y su color oscuro desentonaba con la ristra de colores blanco y azul que ofrecían las casas del pueblo. Las palomas giraban entorno a la cabina de mandos, donde se controlaba el foco de luz, a lo alto de la torre. Sonreí para mis adentros y me descubrí embelesado en el nostálgico recuerdo de mi ingenua infancia, cuando creía firmemente que los guardianes del faro se armaban toda la noche tras el cristal frente a posibles peligros.

-Es bonito, pero tiene demasiadas escaleras - anunció de pronto la grave y rota voz que interrumpía mis pensamientos-. Los de aquí no se maravillan tanto por un faro.

A metros de distancia de mí, atracó en la orilla de la playa una pequeña barca blanca. Un señor sesentón con barbas canosas hasta el cuello, mirada inocente y sonrisa infalible, bajó de un salto de la barca portando a sus espaldas una red llena de cangrejos atrapados. A juzgar por las apariencias, el tipo era un pescador del pueblo de toda la vida. Me dejé llevar por la estética marítima de su chaqueta azul oscura, su camiseta

blanca y sus pantalones marrones encajados en botas altas.

Entonces solo nos maravillamos los de fuera - le sonreí mientras le seguía examinando de arriba abajo. Aquel hombre parecía sacado de una fábula o un cuento- ¿Es usted quien se encarga del faro, señor?

El pescador miró la torre con un sentimiento de orgullo propio de un padre a un hijo. Emitió una breve carcajada de satisfacción que bien se podría confundir con una tos mal curada. Él también me miró de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y de diversión.

-Así que es usted de quien todos los vecinos están hablando en este maldito pueblo – sonrió con una sinceridad tierna, a la vez que emprendía la marcha con su red al hombro-. Ahí es donde paso mis noches, en los tejados de las bravas aguas. Por las mañanas hay que ganarse el jornal entre peces, cangrejos y pulpos.

Solo había transcurrido una noche en el pueblo y muchos de sus vecinos conocían ya mi existencia. Si las nuevas identidades duraban poco no me imaginaba lo que tardaría un secreto en pasar de boca a boca. Seguí al amable pescador por el paseo marítimo mientras le confesaba mi afición por la pesca desde temprana edad y mi buen gusto por el mar. No tardó demasiado en desenvainar el habla y soltar lengua por la borda. El tipo parecía que llevaba siglos sin intercambiar palabras con nadie terrenal. Hablaba por los codos, con el entusiasmo de contar hazañas de pesca y poder charlar con alguien al que le interesaba el mar.

-Venga a ver mi *Preciosidad*, es el barco grande con el que salgo todas las madrugadas a pescar - propuso el pescador, al que me costaba seguir el enérgico paso-. Por cierto, ¿cómo se llama?

-Mi nombre podría ser cualquiera, no cambia nada de mí ni de lo que soy - ante la perplejidad del hombre solté una carcajada a la que no tardó en unirse-. Soy Thomas, ¿y usted?

-El Gran Capitán Morris, a su servicio y al del mar - adoptó tono de importancia mientras imitaba una reverencia-. Los dos primeros nombres son títulos que me he ganado entre el gentío por los dominios de las aguas.

Mientras avanzábamos por el paseo marítimo y la imagen del faro se aproximaba, Morris me contó que había dedicado toda su vida a navegar en el mar, como lo habían hecho sus antecesores. Toda su familia había vivido del marisco y el pescado, profesión que había heredado y por la que sentía una inexplicable pasión. Él era quien se encargaba de la responsabilidad del faro, pasaba todas las noches en la alta cabina de la torre y allí dormía. Sobre las cinco de la mañana ya estaba en pie y listo para pescar, a veces con el barco grande o con la barca, según si tenía el

encargo de algún restaurante. Todo el marisco que pescaba, como los cangrejos, gambas, mejillones, pescado y pulpo lo vendía a los pequeños restaurantes de la costa. Así había hecho del mar su vida, del barco su oficina de trabajo, y del faro su insomnio y hogar.

Llegamos hasta los pies del faro a través de un camino empedrado que alcanzaba la breve montaña. Los ojos se me fueron hasta la enorme torre que cubría de sombra todo a su paso. Era mucho más grande de lo que pensaba y más de lo que parecía en las lejanías. Recordé entonces lo primero que me dijo esa misma mañana el Capitán Morris las escaleras del faro. Justo a sus pies, atracado en el puertecito había un gran barco blanco con anclas azules pintadas en los laterales. Se notaba que el barco había tenido sus arreglos y que los años habían hecho mella en su pintura y en algunas grietas que sobresalían de la cubierta. Aun así, la embarcación era una auténtica belleza: en la proa se podía ver la figura de una sirena mitológica tallada de madera con su cabello largo y facciones marcadas; la cubierta del barco era de madera oscura de lado a lado, imitando la estética de los barcos antiguos y el timón y mandos quedaban resguardados por una cabina blanca, que parecía más nueva que el resto de los elementos ya mencionados.

-Tuve que hacerle un par de arreglillos, pero esta Preciosidad marcha a la perfección - contemplaba con admiración Morris a su barco-. Ven Thomas, voy a enseñarte la parte de abajo.

Me condujo hasta la parte inferior descendiendo unas escaleras de hierro hasta llegar al amplio espacio donde el Gran Capitán guardaba las provisiones y materiales de pesca. Allí había sacos con migajas de pan duro, cañas de pescar, carretes de pesca, anzuelos, hilos, señuelos, cebadores, pinzas, boyas, flotadores, anillas de acero, navajas, plomos, rejones, etc. Todo un arsenal para un buen pescador y como no, un buen marinero. En las paredes de la flota había retratos de un joven, fuerte y afeitado Morris sujetando grandes eminencias del mar.

-Nada más y nada menos que seis kilos de trucha, ¡y con dieciocho añitos! - exclamó entusiasmado Morris deleitado ante su propia imagen-. Mi padre me llevaba todas las madrugadas con él. Pasaba mucho frío, se me congelaban las rodillas y los brazos, pero me hice un hombre en las aguas, como antes se hizo él.

Se notaba la ilusión y el orgullo de Morris en cada palabra que pronunciaba. Seguro que su padre se sintió feliz de ver como su hijo siguió los pasos de la tradicional pesca arraigada en la familia.

-Por cierto, eche un vistazo al barco, Thomas. Prepararé algo de café - dijo el Capitán Morris mientras subía de nuevo las escaleras de hierro.

En las paredes había todo tipo de retratos, parecía como si narrasen la vida del Capitán. Fotos de su padre, una réplica del Morris del presente con barbas aún más pronunciadas que este y con pipa en boca. Fotos del barco cuando lucía nuevo y con una cabina distinta a la de hoy, el oscuro e imponente faro con Morris a sus puertas, la barca que había conocido esa misma mañana atracada en la orilla de la playa. Me llamó la atención de una foto de cinco pescadores en la cubierta del gran barco, todos abrazados a las espaldas y sonriendo, a excepción de un hombre situado en la esquina de la foto que mostraba un rostro serio. El Gran Capitán en medio de la foto mostrando sus largas barbas y una sonrisa de lado a lado. Había también ejemplares de pescados disecados en las paredes, como lubinas, salmones, truchas, pulpos, y calamares. El barco del Capitán era todo un museo dedicado al mar y sus confecciones.

Mientras seguía viendo las numerosas fotos del barco escuché unas pisadas descendiendo las escaleras de hierro. Morris había subido minutos antes para preparar el café. Tras un silencio, me di la vuelta para ver las escaleras.

Perdone la visita nocturna que le hice anoche en su casa - dijo la voz suave y calmada.

El rostro pálido y mirada fija que encontré en la ventana del salón la noche anterior estaba parado frente a mí en el barco de Morris, con una tranquilidad y normalidad que incomodaban.

- ¿Quién eres y que hacías en mi casa anoche? - le solté con un tono confuso y hastío.

El individuo, sin gesticular muestra alguna, avanzó lentamente hacía donde estaba yo.

-Le ruego que me disculpe. Escuché que había un nuevo vecino en el pueblo y quise saludarlo. Nada más - el tipo apenas pestañeaba y su voz no cambiaba ni se alteraba.

-Veo que ya conoces al bueno de Eduard - exclamó con efusividad Morris en las escaleras y con cafetera en mano-. Tenga cuidado Thomas, este hombrecillo se sabe la vida de todos aquí, no se le escapa una.

Eduard cambió el rostro neutro por una sonrisa cordial y se acercó a darle una palmadita a Morris mientras ambos reían.

-Menuda presentación has hecho de mí, canalla - dijo Eduard mientras Morris me guiñaba un ojo-. Vengo a por lo de todos los jueves, que cada vez pescas menos y más pequeños.

-Toma tus malditos cangrejos, véndelos a precio de oro y hazme rico - Morris le acercó el saco de cangrejos que había pescado esa misma mañana-. Eduard vive unas cuantas calles más abajo de ti, Thomas. Y no pudo reprimir la holgazanería que luce.

El Capitán Morris también sabía dónde vivía, que casualidad en este pueblo.

-Discúlpeme, Thomas. Esa casa siempre está cerrada, me pareció extraño ver luces dentro - Eduard me estrechó la mano cordialmente, después miró de nuevo a Morris-. Pirata, me marcho al restaurante que nos tengo que hacer ricos a los dos.

Morris y Eduard se despidieron entre carcajadas y aquel extraño tipo que visitó mi casa la noche anterior para quedarse inmóvil mientras tocaba el cristal con sus uñas, subió las escaleras para perderse de vista.

Durante la siguiente hora, Morris me contó que Eduard era un viejo amigo suyo y que era el dueño de un restaurante de la costa, cerca del faro. Todos los jueves, el género que pescaba se lo vendía a Eduard, y cada domingo, este le invitaba a comer al restaurante por la molestia de lanzarse al mar. Por lo que me estuvo contando era un buen tipo, pero que no se le escapaba una de ningún vecino. Conocía la vida y obra de cada persona, ya que su trabajo implicaba, según él, enterarse de cotilleos involuntariamente. Eran las tres de la tarde cuando miré el reloj, había pasado toda la mañana con el Gran Capitán y no había sido consciente de la hora. Antes de despedirme de él, no pude evitar preguntarle sobre el faro, mi debilidad.

-Esta noche se lo enseño, Thomas. Si no se duerme en el peligroso y duro trabajo de la observación nocturna… - lanzó irónicamente Morris-. A propósito, ¿cuánto tiempo se quedará en el pueblo?

-Puede ser que un día más, dos, un mes más…Quién sabe, Morris. Uno nunca sabe hacia dónde va, simplemente se deja llevar.

La tarde transcurrió de forma rápida y tras un telón de lluvia. Regresé al mismo bar donde había desayunado, esta vez sin ningún viejo en la barra especulando sobre mí. Solo estaba el dueño del bar, que no me miraba ni pronunciaba palabra alguna. Comí algo rápido para matar el hambre y me fui a casa. Apretaba el paso por las estrechas calles cuando cayeron las primeras gotas de todas las que vendrían después. Abrí la puerta del treinta y dos y me refugié empapado en mi morada. No tardé en adentrarme en el baño para darme una ducha caliente y relajarme. La

tormenta cada vez apretaba más y los truenos se escuchaban con la fuerza de un bramido. Suerte que la noche anterior metí el saco de leña que había en la parte de atrás dentro del salón. En cinco minutos, tenía ya la chimenea prendida y me estaba acomodando en el sillón enfrente del fuego. Aquella sería una tarde tranquila y reconfortante. Me dejé llevar por el calor acariciante, el silencioso crepitar de los palos y las conversaciones con el Gran Capitán Morris…

Abrí los ojos rápidamente cuando escuché esa música tétrica, casi infantil y repetitiva que no conocía final. Quise moverme, pero algo me lo impedía. Los fríos sudores resbalaban por mi frente, apurado por no poder levantarme del sillón ni mover un músculo de mi cuerpo. Tenía la sensación de estar atado, como si unas cuerdas invisibles me mantuvieran retenido. Tras varios esfuerzos por moverme, finalmente me libré de las invisibles cadenas y pude levantarme del sillón. Todo el salón estaba oscuro, el fuego de la chimenea se había apagado y aún se escuchaba la estrepitosa lluvia caer violentamente sobre el asfalto de las calles. Mi cabeza y mis oídos estaban concentrados en esa maldita canción que parecía ascender progresivamente. Era como una nana infantil aterradora, repetitiva y oscura, que parecía inducirte a un estado de paranoia y confusión. Ya de pie, miré asustado a todas las esquinas de la habitación. Apenas se veía nada, fui moviéndome a oscuras tanteando la pared para dar con el interruptor de la luz. Tenía que entender qué estaba sucediendo en esa casa. Conseguí alcanzar una llave de la luz, pero al pulsar no se encendió ninguna bombilla. Se había ido la luz debido a la tormenta. El cuadro con los interruptores de las luces debía estar en algún lado, quizás detrás de la puerta de la cocina o de la puerta del baño. Debía de estar cerca pero cada vez se hacía más complicado pensar, la nana era mucho más creciente y me impedía desconectar durante un momento.

Escuché un gran estruendo en la parte de arriba de la casa, mi corazón iba a cien. Pegué mi espalda a la pared donde estaba aquel interruptor sin saber qué hacer. Me aventuré a ciegas a donde creía que estaba la chimenea por el olor a leña quemada. No iba a quedarme ahí parado esperando no sabía qué. Di con el saco de leña, y de él extraje un largo y basto palo con el que me armé.

Avancé lentamente hasta las escaleras y me agarré a la barandilla de madera para no caerme en la oscuridad mientras subía. La terrorífica melodía seguía sonando, esta vez demasiado fuerte. Escuché un segundo estruendo, parecía un portazo. Y de repente, vi luz. Una de las habitaciones emitía una poderosa luz que iluminaba el pasillo. Era la habitación del estudio la que estaba iluminada. Cuando me aproximé al umbral del estudio para descubrir qué había dentro, la puerta se cerró de golpe en mi rostro.

Agarré fuerte el pomo intentando abrir la puerta, pero no había forma de conseguirlo, parecía trancada por el otro lado. La música provenía del

estudio. Escuché pasos dentro de la sala, pegué la oreja a la puerta para ver si se escuchaba algo más claro. Parecían sollozos desgarradores. Alguien lloraba sin parar mientras la música sonaba. Me fui corriendo a mi habitación, la más cercana a las escaleras. Vi la ventana abierta de par en par, y corrí a cerrarla, cuando vi tras ella la imagen siniestra. No podía respirar bien, me ahogaba y la cabeza me iba a estallar con la melodía creciente de fondo. Pude ver la fuente de los ángeles rebosar de agua. Las bocas de los niños arrojaban chuzos de agua sin parar y sus ojos parecían estar vivos. Unos ojos azules como el mar decoraban las figuras de piedra de los infantes. Allí tendida en el suelo, una de las criaturas que imaginaba en mi infancia, pero no como la recordaba. Había una mujer, una sirena con escamas negras retorciéndose en el suelo entre oleadas de agua. Su cola parecía un aguijón de abeja gigante, su rostro pálido ensangrentado, sus uñas arrancándose el pelo negro. Era una imagen demoníaca. Desde abajo, se fijó en mi horror y comenzó a soltar carcajadas de terror. Parecía el auténtico diablo riendo mientras sangraba todo su cuerpo.

Desperté asustado en medio de aquella penumbra silenciosa. Tenía el corazón muy acelerado y mi cara estaba empapada de sudor frío. Efectivamente, seguía lloviendo y la chimenea estaba apagada. Por lo menos no tenía de fondo ninguna canción demoniaca.Utilicé el mismo interruptor que en mi pesadilla, esta vez con final feliz. Fui al baño y me sequé la cara de todo el sudor que tenía. Eran las once y media de la noche, había dormido toda la tarde. Sentado de nuevo en mi sillón no sabía qué hacer. Está claro que no volvería a dormir. Me iba a costar horas conciliar ese tierno sueño.

Decidí visitar al Capitán Morris, como dije la misma mañana. Era tarde y llovía, pero no tenía nada mejor que hacer. Además, Morris dijo que me enseñaría el faro, razón de más para mojarse un rato. Subí a la parte de arriba de la casa para coger la chaqueta. Fue irremediable mirar desde el fondo del pasillo la puerta cerrada del estudio. Me encaminé hacia allí y sin vacilar, abrí la puerta. El escritorio desnudo con su particular espejo sobre él seguían intactos, al igual que el acumulado polvo sobre los viejos tomos de tantos libros de la estantería.

La noche adquirió un tono más oscuro que de costumbre, la fuerte lluvia y el escandaloso silencio de las almas del pueblo envolvía aquel entorno en una tormenta siniestra. La pesadilla me torturaba la mente y aún entre la bruma que ascendía de las gélidas aguas, imaginaba la más endemoniadas de las sirenas emerger con un pánico de sonrisa. Bajé serpenteando las estrechas calles hasta llegar al paseo marítimo, que me ofrecía una hilera de relámpagos dibujarse tras las negras nubes y el oscuro faro pronunciando su luminoso foco sobre el misterio de las aguas. Me adentré en el paseo y corrí como si se tratara de un potro hacia el faro, donde dejaría atrás la helada lluvia que congelaba mis huesos y la paranoica pesadilla de aquella misma tarde. Una pesadilla tiene la fuerza

de conseguir que la realidad aterrorice más que el propio sueño.

Subí la inclinada cuesta empedrada hasta alcanzar la gran atalaya, cuya iluminada cabina mostraba la sombra de una figura en lo alto del faro. Desvié la mirada hacia el desgastado barco del Gran Capitán con la certeza de que aquella madrugada no habría ninguna salida pesquera. Golpeé con fuerza varias veces la puerta del faro con la speranza de que Morris escuchara el ruido desde lo alto de la torre y con la tormenta de fondo. Tras un par de minutos de espera, la puerta se abrió desvelando una suerte de luz tenue tras de sí. El rostro de un joven de apenas unos veinte años sacó la mitad de su cabeza para observarme en silencio de arriba abajo.

-Em, ¿está el Capitán Morris? - dije dudando mientras miraba la cara de aquel chaval-. Esta mañana me dijo que viniera, soy T…

-Thomas, sí. - interrumpió con energía el chico, abriendo la puerta e invitándome a pasar dentro-. Le estábamos esperando, pase que va a coger una pulmonía.

Aquel vestíbulo de poca luz era pequeño y estaba adornado con antorchas prendidas en las paredes. Muros recubiertos de piedra ascendían a la misma vez que las escaleras, el faro por dentro parecía una torre medieval. Acompañé al joven por la escalinata de caracol arriba. Estuvimos subiendo escaleras durante un minuto, el agotamiento por el trote desde casa al faro me estaba dejando sin fuerzas. Mientras subíamos escaleras pasábamos por delante de algunas puertas de madera que tenían números grabados en la parte de arriba, en las que el joven no se detuvo. La única que se dispuso a abrir fue la que quedaba en lo alto de la torre. La cabina, al contrario que el resto de la atalaya, desprendía una luz cegadora que no dejaba esquina sin iluminar. Se trataba de una sala enorme con una gran cristalera al fondo, donde el foco lanzaba su concentración de luz.

En las paredes había retratos de pescados, barcos, y, en general, la misma decoración que en el mismísimo barco de Morris. Una mesita en el centro estaba acompañada de dos sillas de madera y un verde sillón de piel, el que sería el trono del Capitán. Al fondo había una cama vieja sin hacer con las mantas arrastrando por los suelos. Aquel faro era la guarida del viejo pescador. Junto a la cristalera controlando el faro, la silueta del Capitán junto a una gran mesa.

- ¡Mi buen amigo Thomas! - exclamó el Gran Capitán Morris desde la silla de mandos, mostrando una vez más su enérgica simpatía-. Veo que has conocido al joven Arthur, mi valiente y sagaz ayudante en las bravas aguas.

Morris se incorporó de la silla y se acercó hasta la mesa del centro, tomando sitio en el sillón. Portaba en su mano derecha una gran petaca que parecía gran compañía para sus noches. El joven Arthur y yo nos sentamos en las sillas frente al Capitán, en torno a la mesa.

- ¿Cómo va el mar, Morris? - le pregunté con una sonrisa en la boca mientras miraba los ojos grandes del hombre-. No creo que coja usted hoy el barco en busca de más cangrejos.

- ¡Vaya que no! No se preocupe, Thomas. He remado en peores marejadas y de todas he salido victorioso - reía mientras seguía empinando la petaca-. Anda tome esto y beba.

Bebí un buen trago del licor que ardía conforme caía por la garganta. Debía de ser algún güisqui irlandés de hace demasiados años. Dejaba un sabor en la boca a madera antigua. Miré al joven acompañante de Morris, que había guardado un silencio fúnebre desde que abrió la puerta del faro.

-Entonces Arthur, ¿tú eres el ayudante del Capitán?, ¿no? - le pregunté al chico mientras le pasaba la petaca, este dudó en sí cogerla.

-Todo lo que puede ayudar uno cuando está aquí arriba. - Arthur consiguió pronunciar tras un velo de timidez mientras observaba a su alrededor-. Vengo algunas noches y escucho las historias del Capitán hasta que cae redondo.

El chaval consiguió esbozar una sonrisa mientras Morris reía a carcajadas. Posiblemente, Arthur acompañaría a Morris en alguna de sus cruzadas en el mar. La soledad del Capitán se esfumaría cada noche que aquel joven lo acompañaba en su refugio.

-Bueno, Thomas, yo le he hablado mucho de mí hoy, pero no usted no ha contado nada, ni a qué se dedica - por primera vez en el día, el Gran Capitán Morris quería escuchar y no hablar.

Arthur y Morris me miraron con la intriga de querer descubrir quién era el personaje que corría por las noches de tormenta por las callejuelas de su pueblo y al que todos sus habitantes conocían. Dudé unos instantes, di un sorbo al güisqui y me aclaré la voz.

-Mi profesión podría ser cualquiera, como mi nombre, ya le dije Morris. Aunque ahora mismo no estoy trabajando en nada. Digamos que soy un hombre solitario que disfruta con la compañía de la nada y he acabado en este pueblo para descansar del todo.

Arthur me miraba con la misma cara inocente que cuando me abrió la puerta del faro. Morris, sin embargo, no dejaba de sonreír mientras cogía

la petaca y daba largos sorbos.

-Entonces eres un alma libre, como yo. Entregado a la libertad que me da el mar - le costó pronunciar a Morris.

-Bueno, la libertad es un concepto amplio y demasiado mal utilizado, pero algo así.

La noche avanzaba y las horas se fugaban mientras hablaba con Morris y Arthur. El Gran Capitán Morris narraba batallitas de grandes pescados que había cazado en noches de tormenta con la mera ayuda de sus manos y Arthur escuchaba con verdadera admiración. Resultaba que Arthur era el hijo del dueño de un restaurante del pueblo y que durante las mañanas ayudaba como camarero. Aunque lo que verdaderamente le apasionaba eran las letras, la literatura. Soñaba con ser un escritor de prestigio y que conociese sus obras todo el mundo. Morris me dio la razón cuando le dije que mejor heredase el negocio familiar, le iba a dar más alegrías y fortuna en la vida. La profesión de escritor es algo que carece de interés laboral, nada en lo que perder el tiempo.

La tormenta apenas se hacia de notar en aquella guarida lejos del mundo y con aquella curiosa compañía. La gran petaca parecía no tener fin, cada vez nos animábamos más hablando y escuchando a Morris, que parecía que, al igual que su alcohol, no se vaciaba de conversación. Era un hombre que daba gusto escucharlo hablar, se notaba que había vivido lo suficiente para que cada historia fuese auténtica, y tenía la suficiente gracia para que resultase interesante.

-Thomas, esta mañana me has contado que te gustaba la pesca. ¿Un vicio heredado de la familia? - preguntó con tremenda curiosidad Morris, que parecía estar en sus límites de alcohol.

-Si, como usted, yo también salía con mi padre a veces cuando era un crío. - aguardé un momento de silencio y suspiré-. Una vez estuve a punto de ahogarme cuando solo tenía once años.

El Capitán Morris y Arthur me miraron atónitos mientras esperaban escuchar lo que parecía una hazaña para sus oídos.

-Una madrugada salí con mi padre de pesca en un pequeño barco que tenía mi familia. Las aguas estaban revueltas, llovía mucho y el sol no salía. Como nos pilló la llovizna desprevenidos, mi padre y yo esperamos en la cabina a que se calmase el tiempo para poder volver a casa. Pasaron horas y la tormenta no se desvanecía. Mi padre se quedó durmiendo y yo salí a la cubierta del barco con las fantasías que puede tener un crío a esa edad. Supongo que quería encontrar sirenas o criaturas marinas como las de mis cuentos. La cubierta resbalaba a causa de la lluvia, aún así, yo salí y me acerqué lentamente a la proa a asomarme al agua en busca de

algún fenómeno. Una ola rompió fuertemente contra el barco haciéndome caer al agua. Las olas revueltas me impedían sujetarme a la cubierta y cada vez me costaba más nadar. Recuerdo que empecé a hundirme y que me adentraba en la oscuridad de las profundas aguas, hasta que pude ver a duras penas a mi padre que intentaba sacarme del mar. Al final todo quedó en un susto para mí y para mi padre, que prometió no llevarme a pescar más.

Los dos espectadores escuchaban mi anécdota con gran atención y silencio. Cuando terminé, Morris se llevó a la boca el último trago de alcohol que quedaba en la petaca y la tiró al suelo.

-Vaya, tuviste una suerte que pocos pueden contar - gritó con emoción Morris-. El mar a veces es maligno y nos traga. Pero quien es valiente y duro acaba saliendo de las mismísimas tripas del mar.

- ¿Entonces tu padre no te llevó más a pescar? - preguntó Arthur, que parecía seguir intrigado con mi historia.

-Por supuesto, muchas veces más -le contesté al chico entre risas-. Solo quería darme un escarmiento por el susto que le di.

Miré de nuevo el reloj a las cuatro de la madrugada, a esas alturas de la noche ya estábamos los tres consumidos por el alcohol. El Gran Capitán apenas se podía levantar sin caerse y el pobre Arthur, pálido como una pared blanca, parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

-Vamos, Capitán. Ya es hora de dormir, mañana será otro día - dije a Morris mientras me levantaba de la silla le ayudaba a levantarse-. Vamos los tres a descansar que mañana va a ser un día duro de tanto alcohol.

-Si, no me encuentro muy bien. Será mejor que nos vayamos a casa - balbuceó Arthur agarrándose a la silla.

-Esperad, esperad…No os vayáis ahora, no podéis iros - Morris arrastraba las palabras mientras esbozaba un rostro severo-. Os tengo que contar una historia más. Solo una más. Yo necesito contarlo y ser libre, porque está dentro y no se va. Quiero que se vaya.

El Gran Capitán Morris deliraba, empezó a sudar y a ponerse nervioso. Le ayudé de nuevo a sentarse e intenté tranquilizarlo. Tomó aire y suspiró lentamente. Sus ojos estaban a punto de estallar en mil lágrimas, cristalinos como el agua que protegía todas las noches. Se levantó del sillón y lentamente se encaminó a la mesa frente a la cristalera del foco luminoso. Miró fijamente la lluvia anidarse con las aguas del mar mientras Arthur y yo no pronunciábamos palabra alguna. Observaba el mar como un hombre que buscaba respuestas allí en las profundidades de sus aguas. Volvió a sentarse en el sillón, se secó el sudor de su frente y de su

bolsillo derecho de la chaqueta sacó un pequeño frasco con pastillas blancas. Sin mirarnos, dejó caer unas cuantas en su mano y se las echó a la boca. Arthur me miró fijamente, yo hice caso omiso a la espera de que Morris comenzara a hablar. Parecía que la borrachera disminuía por momentos y se serenaba. Miraba al suelo con el rostro descompuesto y la mirada perdida mientras hablaba, sin que ninguno de nosotros dos nos atreviéramos a interrumpirle:

-Hace más de diez años salí una madrugada a pescar con una tormenta más peligrosa que la de esta noche. No fui solo, éramos cinco pescadores, amigos de profesión y de la infancia. Aquella tormenta era el auténtico demonio: no amanecía, el cielo estaba cubierto de nubarrones negros que soltaban granizo sin parar. Hacía muchísimo frío, ese que hace que te duelan hasta los huesos. Está claro que no deberíamos haber salido, pero fuimos arrogantes y creíamos que podíamos navegar con ese temporal. Solo éramos unos estúpidos aficionados al mar y a la pesca. Solo yo pude volver a casa.

Las palabras de Morris eran lentas y pausadas, y su voz se convertía en un fino hilo que parecía quebrar en cualquier momento. Se notaba cuando hablaba que el Capitán era presa de un dolor constante que mantenía guardado en sí y que no podía liberar.

-Salimos antes de las seis de la mañana rumbo a la muerte en mi Preciosidad, con agua calmada y un poco de granizo. Claro que eso no molestaba y podíamos salir perfectamente. Dejamos en la cubierta todo el equipo preparado por si los anzuelos cumplían con su función y nosotros nos dividímos para controlar la caza de la presa.Nos turnamos para estar en la cabina, controlar los mandos y el timón, mientras que los otros se quedaban la parte de abajo preparando el equipo. Durante las primeras horas todo fue normal, yo controlaba el timón con un amigo más, Liam. Apretaba la lluvia y el mar se revolvía, pero se podía avanzar sin complicaciones.

En el cambio de posiciones, otros dos se quedaron en la cabina, y nosotros bajamos con los otros chicos. Los tres que quedamos abajo preparamos los sacos de anzuelos, las redes, la comida para atraer al género y arpones por si la cosa se ponía fea. Charlamos sobre todas nuestras peripecias y bebimos buen vino hasta que no quedó ni gota. Nos sentamos sobre unos sacos en torno a una mesita pequeña con candiles, y ahí celebramos sin saberlo la muerte de todos. De alguna manera, yo también morí aquella noche y para siempre. A menudo que transcurría la noche, los golpes del agua contra la cubierta eran más feroces y el granizo no paraba, pero los compañeros de timón insistieron en que, una vez estabilizado el barco, podríamos dar la vuelta y regresar a casa. Como podéis imaginar, eso no pasó y nos quedamos atrapados sin ninguna ayuda, nadie que nos sacase de ahí. Debíamos esperar a que el tiempo se

calmase, saliese el sol y se despejasen esas nubes para volver a casa.

La cosa empeoró más y ahí fue cuando empezamos a asustarnos y comprender que solo un milagro podía sacarnos de ahí. Los que estábamos abajo nos apoyábamos en las paredes del barco, la mesa volcó, los sacos on comida se esparcieron por todo el suelo y los candiles se rompieron. En cualquier momento habría una fuga de agua o volcaríamos, los traqueteos del barco eran agobiantes. Y ahí estábamos los tres, en un barco que se iba a hacer añicos, en la más aterradora oscuridad cagados de miedo y pegados al suelo agarrándonos a las grietas de la madera, si hacía falta. Max y Liam rezaban a todos los dioses, paganos o cristianos, para que frenara la tormenta para poder volver a casa y sentir el calor y la seguridad de la familia. Yo sabía que mi tumba iba a ser aquel barco, hundido en las profundidades del mar.

Morris hizo una pausa en su narración, parecía un niño a punto de estallar en lágrimas. Seguramente los demonios de su conciencia lo testaban torturando, y no solo en ese momento. Se llevó la petaca vacía a la boca y tras relamer las gotas de licor, la tiró al otro lado de la sala. Suspiró y continuó el relato del amargo:

-Un impacto brutal en uno de los laterales del barco nos hizo chocar con la pared de enfrente. Estábamos a punto de volcar y hundirnos, nos agarramos a las columnas de madera deseando que la pesadilla acabara de una vez. Otro golpazo azotó el barco haciéndonos caer justo al lado contrario y topando con la pared. Por segundos, el barco se estabilizó un poco. Solo había silencio y oscuridad. Me levanté como pude, mareado de tanto movimiento del barco. Vi que Liam estaba agachado frente a Max, con las manos manchadas de sangre sujetando la cabeza de este. Max estaba inconsciente a causa del fuerte golpe que se propinó en el cráneo en uno de los balanceos del barco.

De repente, escuché unos ruidos extraños que venían de fuera. No sé cómo describirlos, no he vuelto a escuchar algo parecido en mi vida. Eran unos bramidos graves, desesperantes, no paraban de sonar. Yo sabía lo que estaba pasando, sabía que ahí fuera en el mar había una bestia que estaba atacándonos. Eran los gritos de un monstruo lo que escuchábamos. Vi la expresión de horror en la cara de Liam, que se echaba las manos a su cabeza manchándose con la sangre de Max. Corrió hacia las escaleras gritando que teníamos que alejarnos de ahí. Lo sujeté y le dije que era una locura salir, con la tormenta no llegaríamos a la cabina. No me escuchaba, estaba temblando y deliraba. Lo conseguí sentar frente a la escalera para que se calmase y le dije que en la cabina los dos hermanos Barnes lograban estabilizar el barco. Le conté la mayor mentira que puedes decirle a alguien en los últimos momentos de vida. El hombre que conocía ahora parecía un niño asustado que lloraba y temblaba. Le conté a mi amigo que la tormenta estaba calmándose y que, en apenas una hora, dejaría de llover y volveríamos a casa. También le

dije que un médico le tendría que ver el coco a Max, que ya estaba demasiado loco como para quedarse peor. Le hice entender que teníamos que cuidar de él para que cuando se despertase no estuviera solo. Liam asintió y me sonrió con la ingenuidad de un niño. Me pidió un trago de vino y busqué la petaca que ahora estaba perdida por el suelo. Antes de agacharme para coger la petaca, escuché las fuertes pisadas de Liam corriendo escaleras arriba. Salí escopetado detrás de mi amigo hasta alcanzar la cubierta. El suelo estaba quebrado, con boquetes grandes y grietas, una de las anclas se soltó y rompió la vela. Liam llegó hasta la cabina, vi como los Barnes abrían la puerta de la cabina para que Liam se metiera. De nuevo, se escucharon los fuertes gemidos de la feroz bestia, y del agua salieron enormes tentáculos. Las gigantes extremidades golpearon la cabina arrancándola de cuajo, no quedó ni el timón. Los tentáculos de la bestia golpearon de nuevo la cubierta haciéndome caer a un lado. Me arrastré hasta la puerta y bajé las escaleras de nuevo. Max seguía tendido en el suelo y ngrando. Corrí hacia el fondo, cogí uno de los arpones y miré hacia las escaleras. Ya tenía asumido que iba a morir, pero no se lo iba a poner fácil al hijo de puta.

Los gritos de aquel engendro cesaron. Por momentos, pensaba que la tortura había acabado, que Max y yo podíamos pedir ayuda y salir de aquel infierno marino. Entre todo el silencio, escuché unas pisadas bajar las escaleras, pasos lentos. Todo estaba oscuro, no le vi el rostro. Vi un cuerpo negro grande, por lo menos más de dos metros de altura. Era fuerte y robusto. Sin mirarme se acercó a Max, se agachó y cogió su cuerpo. Subió las escaleras con el cuerpo de Max en sus brazos. Quise moverme, salir corriendo y ayudar a mi amigo. Pero mi cuerpo estaba paralizado del miedo. Lo único que hice fue coger con más fuerza el arpón mientras me temblaban las manos. La figura humana, el monstruo, volvió a bajar las escaleras. Se paró en seco, me miró y lentamente se acercó a mí sin decir nada. Grité con miedo y le lancé el arma con todas mis fuerzas. El arpón rebotó contra el pecho de aquella criatura, como si no hubiera sentido nada. Se detuvo ante mí, me observaba. Su tamaño doblaba el mío y era imponente. Me costaba abrir los ojos, empecé a marearme y a tambalear. Me caí y me golpeé la cabeza. Sentí unos brazos sosteniéndome subiendo las escaleras. Su tacto era duro y rígido. Recuerdo que vi las oscuras escamas y la lluvia cayendo sobre mi cara en la cubierta, sin rugidos ni tentáculos. Unas luces me cegaron y los brazos de la criatura me dejaron en el suelo. Lo último que vi fue la criatura correr y saltar al agua.

No daba crédito a la terrible historia que estaba escuchando. Tragué saliva e intenté imaginar la escena grotesca. Yo también me sentí mareado, como si en cualquier momento la criatura apareciese ante mí. Morris estaba agotado, sin fuerzas después de contar la historia. Probablemente no se había desahogado desde que empezó aquella tortura diez años atrás. No se libraría de los fantasmas del pasado, pero por lo menos los sentimientos de culpabilidad en un cuerpo de carne ahora pesarían

menos. Tendrían menos culpa.

- ¿Y qué paso después? - preguntó la voz temblorosa y quebrada de Arthur, blanco como un papel y con el susto en su rostro.

El Gran Capitán Morris se levantó del sillón con las pocas fuerzas que le quedaban y se encaminó hasta la cristalera del faro. Acarició la mesa y con una voz tajante y grave, acabó la tortura en forma de narración que había compartido con nosotros.

-Las luces eran de un barco de rescate que vino a socorrernos. Tarde, como siempre. Me desperté ya en una cama de hospital. Conté a todo el mundo lo que sucedió y pensaron que estaba loco, que había quedado traumatizado por la muerte de mis amigos. La historia oficial fue que ellos murieron ahogados a causa de una tormenta y que fui el único superviviente del barco. Nunca encontraron sus cuerpos. Y yo nunca he vuelto a encontrarme con ese hijo de puta. Algún día volverá a por mí, a terminar lo que empezó. Y me llevará con él al fondo del mar.

Un punzante dolor de cabeza me despertó algo atontado y sin ser consciente de dónde estaba. Lo primero que vi fue la cristalera de la cabina y la lluvia chocando con el cristal. Después miré mi cuerpo encorvado en el sillón que tenía Morris en el faro y finalmente, al chico Arthur boca abajo en la cama deshilachada. Aquel muchacho roncaba como si tuviera un jabato encerrado en su alma. Me levanté llevándome las manos a la cabeza, aún con los ojos medio cerrados. Las dos sillas estaban reunidas junto a la mesa, y al otro lado de la sala el cuerpo vacío de la petaca, esa que tanta conversación desencadenó. Y dolor mañanero, pensé al acordarme de todo lo que bebimos la noche anterior. El reloj de la pared marcaba las once de la mañana, es posible que trasnocháramos hasta las seis de la madrugada. Antes de preguntarme dónde estaba Morris, caí en la cuenta de que justo antes de empezar la tertulia alcohólica, mencionó que aun con la tormenta saldría a pescar. Me apuré más que de pensarlo.

Sin despertar a Arthur, bajé las escaleras de caracol hasta llegar a la puerta de entrada del faro. Se habían hecho más eternas que a la subida. Me fijé en el barco varado de la derecha, el protagonista auténtico que había resistido a la tormenta de la historia y a otros fenómenos. Entendí el aspecto actual que tenía el barco tras sobrevivir a tantos golpes, grietas y roturas esa noche. Se notaba que la cabina era más nueva que todo el barco y que la cubierta estaba arreglada. Con todos los rasguños que tenía, aquel barco era una "*Preciosidad*".

Desde el paseo marítimo vi la silueta del Gran Capitán sentada en la orilla de la playa. Suspiré y di gracias de que aquel tipo no había cometido

ninguna locura. El poco sol que había sería totalmente tapado en pocas horas por las nubes negras, aunque la lluvia aún era soportable y no calaba demasiado. Me metí en la arena y caminé hasta llegar a Morris, que no se inmutaba ni por mi presencia ni por la lluvia. Quizás seguía refugiado en sus pensamientos y en sus tormentos. Me senté junto a él dándole una palmadita en la espalda.

-Pensaba que te habías ido a pescar- comencé la conversación, él seguía mirando al fondo del mar-. He dejado al chico roncando en la cama.

Morris asintió mientras sonreía. Le había cogido cariño a aquel hombre y sentía pena por la increíble anécdota que relató la noche anterior. Él no dejaba de mirar al fondo del mar, presente en su ausencia.

-Ese cabroncete parece un cerdo durmiendo - dijo entre risas aliviadoras Morris-. Es un buen muchacho, me hace bastante compañía. Hay algunas noches que duran todo un día.

Morris dejo de sonreír poco a poco y olvidó la vista del fondo del mar para mirarme fijamente a mí, con ojos apagados, expresión triste e inevitable remordimiento.

-Thomas, sé que todo lo que conté anoche parece una locura, pero es verdad - dijo Morris, a quien nunca nadie había creído su historia-. Sé lo que vi. Y sé que ese día, el único que regresó con vida fui yo. Para mí fue todo tan real como verte a ti, nunca entendí que nadie me creyese. Aquí los del pueblo me tienen por un chalado. Aunque no les culpo, es todo tan extraño.

-Tranquilo, Morris. Yo te creo, no voy a juzgarte. Pero no puedes culparte a ti por sobrevivir. Tú no tuviste culpa de nada, no podías haber evitado el destino de cualquiera de ellos. De no ser por el barco de rescate, tú también habrías muerto.

-Aquella madrugada yo debía de haber muerto. Mis compañeros fueron arrastrados a las profundidades del mar, yo era el siguiente. Enfadamos a algo perturbando las aguas con el barco esa mañana de tormenta. Siempre pienso que una noche cualquiera, esos tentáculos arrancarán la cabina del faro dejándome al descubierto. Y subirá por las escaleras aquella silueta grande y fuerte. Vendrá a por mí y me llevará a las tripas del mar.

El Capitán Morris mostraba la preocupación en su rostro, se notaba que esperaba ese momento cada noche desde hacía diez años. Un hombre que sentía culpabilidad por el mero hecho de sobrevivir. A veces, es más fácil el arrepentimiento y la culpa que el perdón.

-No pienses que le he cogido miedo al mar. En cuanto pude arreglar mi barco salí a pescar, como siempre. Yo amo el mar. Me ha dado mucho, aunque me haya quitado la vida. Es lo único que tengo, lo único que me queda hasta el último de mis días - Morris disparaba las palabras como un testamento, había tenido muchos años para pensar en ello-. Vete a casa, Thomas. Hoy será otro día de tormenta como el de ayer. Yo estaré descansando, que me hace falta.

-Eso espero, Capitán - me incorporé de la arena junto con Morris-. Ni se te ocurra salir en la madrugada a pescar, es mejor que descanses un par de días más. Hoy nos merecemos todos descansar. Mañana será otro día y nos veremos en el faro los tres.

Paseé durante un rato por la orilla de la playa, sumergido en mis pensamientos. Llovía, pero el paisaje era perfecto: las montañas verdes perdiéndose de vista, las gotas uniéndose al mar más oscuro, los vecinos refugiados en el calor de la casa, las calles desérticas y el frío recorriendo los poros de la piel. Reflexioné sobre la historia que nos había contado el Capitán Morris a Arthur y a mí, sobre el dolor que debía sentir el pobre pescador. Dolor por perder a sus amigos en una tragedia y quedar superviviente. Estaba vivo para celebrarlo, pero la culpa lo carcomía por dentro, sentía que él no merecía estar más vivo que cualquiera de sus amigos. Estaba vivo para contarlo, aunque nadie le creería esa historia de monstruos marinos. Intentó explicárselo a todo el mundo, pero todo el mundo lo vio como una locura, producto de la pérdida y la conmoción.

Llegué a la hora de la comida al bar de los días anteriores, donde había desayunado y comido también. El local estaba totalmente vacío, a excepción del dueño del bar, que cuando vio que entraba por la puerta me miró de arriba a bajo con incredulidad. Todo el mundo estaba en sus casas y yo había preferido el bar como estancia preferida para comer en temporales. El dueño del local, al que le costó saludar cuando entré, me miraba con un gesto de desaprobación, el mismo que los días anteriores al verme. Pedí un plato de calamares y una botella de agua para hidratar el dolor de cabeza. El dueño se metió en la parte del almacén del bar y no salió en los siguientes quince minutos que tardó el plato de calamares en salir. Salió a dejarme el plato de calamares y se sirvió un café mientras yo comía.

-Están buenísimos, señor - señalé el plato de calamares para lograr que

pronunciara palabra alguna-. Los mejores que he probado.

-Gracias - contestó de mala gana mientras pegaba un sorbo al café y ni me miraba.

-Parece que empeora la tormenta - comenté desviando la mirada al cristal de la ventana-. A ver si termina pronto.

-Todo volverá a la normalidad pronto, cuando usted se vaya - cortó tajantemente mientras clavaba sus ojos oscuros en mí.

Pagué y salí del bar lo más pronto posible. No sabía qué problema tenía aquel tipo conmigo, pero tenía ganas de que me fuera de aquel pueblo para, básicamente, no estorbarle con mi presencia. Aceleré el paso por las estrechas calles en busca de mi número treinta y dos, huyendo de la pronunciada lluvia que sería más fuerte en plena tarde. El sol era apenas una sombra, en cambio las nubes se tornaban negras, vaticinando la tormenta que no cesaba la noche anterior.

Introduje las llaves en la puerta de la casa y antes de girar el pomo para abrirla, escuché el crujido de un gran trueno asomando por el cielo. Me detuve en el umbral de la entrada y observé el salón de la casa como antes no lo había hecho, reparando en esos detalles pequeños. Los días anteriores no me había fijado en la penumbra que otorgaban sus paredes, privando de toda alma a los muebles del salón. Las sombras de los sillones, la mesa y la chimenea eran meras espectadoras de la oscuridad de su ser, una realidad distorsionada y manipulada. Escuché la escandalosa nada adueñándose del suelo de la vivienda, alcanzando todo cuadro, retrato y habitación, proporcionando una muda sonoridad que resultaba molesta. El aire que se respiraba sabía tan bien como yo que aquel sería un día gris y aburrido, largo y de relleno. Encendí las luces y mi visión fúnebre sobre la estancia no mejoró, algo había cambiado. Ya no tenía nada que hacer ni a dónde ir. No tenía sueño, y aunque durmiese no iría después al faro. Era la primera vez de las que llevaba ahí que sentía el aburrimiento de la vida cotidiana. La magia y el aura de aquel pueblo se reducían a gotas de agua estrellándose contra el suelo, el mar y la arena. Al igual que los días anteriores, saqué del gran saco un puñado de leña para prender un fuego en la chimenea. Esta vez tardé bastante más tiempo en encender el fuego que las veces anteriores, parecía como si la leña estuviera cansada de alumbrar.

Acerqué aún más el sillón a la chimenea y me acomodé sintiendo el calor en mi rostro, escuchando la lluvia mostrando sus fuerzas y tal vez, sus enfados. Estuve perdido en las llamas durante más de diez minutos en busca de mí, en busca de algo, en busca de un suceso. Algo tenía que pasar, no podía ser todo tan simple y tan obscenamente rutinario. Alejé el sillón de la chimenea y me tumbé en el terciopelo de la alfombra roja del suelo. Deslicé mis dedos por la alfombra sintiendo la levedad del tiempo,

suspirando como las horas que tardan en marcharse. Miraba el reloj constantemente, pero los minutos cada vez duraban más y la desesperación del ser abundaba en mi cuerpo. Me levanté con ninguna motivación en mente y caminé por el salón observando la estructura y el adorno de la casa. Me dirigí a la ventana contigua a la puerta y observé los relámpagos dibujarse en el cielo, el cristalino aguacero que corrompía al pueblo y el vaho naciendo en los cristales. Me acordé del rostro siniestro y pálido de Eduard tocando la ventana con sus uñas y cerré las cortinas, por si un caso.

Subí los peldaños de las escaleras lentamente, mientras estas chirriaban al ceder mi peso, y me enfrenté a larga tiniebla de sombras que conjuraba el largo pasillo. No me molesté en encender las luces, no tenía miedo. No había nada ni pasaba nada. Entré en mi cuarto, la habitación principal de la casa, y me tendí en la gran cama en la que apenas había dormido. Apoyé mi cabeza sobre la cómoda almohada y cerré mis ojos. Pensaba de nuevo en la historia de Morris, la cruda realidad que nadie quería aceptar. El pobre Morris no se detuvo en detallar aspectos concretos, balbuceaba y su voz parecía la de un niño con tos apunto de arrodillarse y echarse a llorar. No describió los grandes tentáculos ni la vaga silueta que le sostuvo en brazos.

Me sumergí en mi mente y en la historia del Gran Capitán, intentando aclarar más la forma y los detalles. Mojándome en la resbaladiza cubierta, veía en la cabina a los hermanos Barnes manejando el timón y supervisando las redes de pesca, creyendo que todo estaba controlado. Podía visualizar en mi mente a aquellos pescadores en torno a una mesa compartir vino y palabras, mientras escuchaban la lluvia azotar el barco y sentían los traqueteos de las olas rompiendo. Todos compartían el mismo amor por las aguas que, horas más tarde, los tragaría en sus profundidades para nunca más devolverlos a la vida terrenal. Veía a Max reír, beber y celebrar sin miedo al golpe fatal en la cabeza que le esperaba esa madrugada, sin miedo a ser conducido al fondo del mar por algo que no era humano. Liam no soltaba la petaca, daba palmas a Max y agarraba del hombro a Morris entre risas y anécdotas. Tampoco sabía que perdería la serenidad y acabaría llegando, por propia cuenta, a los brazos de la muerte. Escuché los primeros gritos del gigante monstruo y me tapé los oídos. Los tentáculos de la bestia emergieron de las aguas turbias y comenzaron a golpear el barco con desazón. Eran unos brazos enormes, el color era casi imperceptible, parecía un rojo oscuro que bien se podía confundir con la oscuridad de la madrugada. Tentáculos fuertes y ásperos, recios como cuatro cuerpos. Su tamaño era grande, mucho más que el barco de Morris.

La bestia solo se calmó cuando la figura humana bajaba por las escaleras del barco en la captura de Max y Morris. Se trataba de una criatura casi humana de dos metros de altura, bastante rígido y fuerte. Su cuerpo estaba hecho de escamas duras como las piedras más resistentes, y su

imponente presencia delataba la cara de un reptil. Su cabeza era grande, con bronquios a los lados del cuello. Su boca mostraba unos pequeños y afilados dientes con una sonrisa carnívora. En vez de nariz tenía dos orificios nasales. Sus ojos eran grandes, ocupaban media cara, y del color verde de los reptiles. En su frente y su cabeza calva sobresalían dos pliegues como si fuese un pez, y los dedos de las manos eran largos y afilados. Era una increíble criatura terrorífica de color oscuro que agarraba suavemente a Max y se lo llevaba a la cubierta. Allí se lanzó con el al mar y a los pocos segundos regresó para terminar con la tarea. Dejando un rastro de agua por donde pasaba, caminó de nuevo hacia las escaleras donde Morris le lanzaría un inútil arpón que no provocó signo alguno de violencia por parte de la criatura. Con un Morris inconsciente en los brazos del monstruo, este intentaría lanzarse de nuevo a las aguas, pero fue frenado por las luces de un barco de rescate que se aproximaba a su lugar. La criatura dejó con cuidado a Morris acostado en la cubierta y se lanzó al mar, volviendo a algún sitio y con la paciencia de algún día de terminar lo que empezó llevándose a Morris junto a él.

Me levanté de la cama, me acerqué a la ventana y descorrí la cortina para ver la fuente de los ángeles heridos que había en la parte de atrás de la casa. Salían chuzos de agua, al igual que en mi pesadilla, pero esta vez a causa de la fuerte lluvia. No había rastro de ninguna sirena maligna. Me dirigí al fondo del pasillo, a la puerta cerrada del estudio.

Abrí la puerta entre chirridos y observé la habitación que menos vida tenía de la casa. El escritorio de madera esperaba que alguien se sentara en la silla y dejase libre las riendas de la imaginación, quizás dando en un futuro prometedor un nuevo libro para la polvorienta estantería. Me fijé en el espejo que había colgado en la misma pared que el escritorio, el cual quedaba justo encima de este, ofreciendo al escritor la continua imagen de sí mismo. Quizás una realidad constante o una deformación grotesca de la propia realidad. El polvo de la estantería volvía oscuros todos los tomos y resultaba difícil leer de primera vista el título de alguno de ellos.

Bajé de nuevo al salón y allí frente al fuego, volví a tumbarme en la alfombra de terciopelo. Debía de esperar porque algo iba a suceder. Así tenía que ser. Una pausa no puede durar tanto, el aburrimiento frente a la realidad. Me acurruqué y fui cerrando los ojos poco a poco, no tenía pensado dormir, pero el vencimiento de la desesperación me podía. Me fui dejando llevar sintiendo el calor reconfortante y escuchando los sonidos de la madera crepitar, el viento rodeando los árboles, la lluvia caer sobre el asfalto y las ventanas y, por último, un ruido más.

Me desperté entre penumbra y el constante sonido de la lluvia en la calle. El fuego de la chimenea se había apagado y la casa se sumergía en oscuridad y silencio doméstico. Tras la cortina fina de la ventana del salón pude ver que estaba anocheciendo y que la tormenta no había parado. Sin encender las luces, metí una mano en el saco de leña para sacar unos

palos y volver prender un fuego. En los días anteriores tuve que gastar la madera más grande que quedaba porque en el interior del saco solo quedaban los palos más pequeños. Supuse que en la parte de atrás de la casa habría más madera para coger.

Giré el pomo para abrir la puerta y me resultó curioso que aún estuviera algo mojado desde que llegué por la tarde a casa. Salí rápidamente a dar la vuelta a la parcela de casa y revisar bien entre la maleza a ver si había algo de madera. Los dos ángeles me miraban fijamente, uno con alas medio rotas y el otro con medio cuerpo. Rebusqué entre la hierba con el deseo de encontrar madera, palos grandes con los que conseguir prender un fuego aceptable para pasar la noche. No encontré nada. Levanté la cabeza y miré a la ventana de mi habitación principal, desde abajo se veía que la cortina estaba descorrida. Me entró un sudor frío al recordar como algunas horas antes había estado en el cuarto y cerré la cortina antes de salir. Caí en la cuenta del pomo mojado de la puerta.

Caminando lentamente, volví a dar la vuelta a la casa. Me acerqué al umbral, abrí la puerta y observé el salón iluminado con las luces que yo mismo había dejado encendidas. Bajé la cabeza, poco a poco, y reparé en las huellas mojadas, rastros de zapatos que había en la entrada de la casa. Alguien había irrumpido en la casa mientras yo dormía. Seguí con la vista la huella de los zapatos, que conducían a la parte de arriba de la casa. Ascendí las escaleras de forma pausada, intentando apoyar el menor peso posible sobre los peldaños de madera y evitar cualquier ruido.

Me detuve en medio del pasillo y vi la luz que se filtraba a través de la puerta del estudio. Había alguien allí dentro, esta vez sin pesadillas, ni música tétrica ni llantos. Seguí adentrándome en el pasillo hasta quedarme en el umbral de la puerta del estudio. Acerqué la cabeza a la puerta hasta pegar la oreja a la madera de esta. No se escuchaba nada. Agarré con fuerza el pomo y con el miedo de no saber qué me encontraría, abrí la puerta. El estudio estaba vacío y las luces de la habitación encendidas. Miré hacia el escritorio, donde ahora yacía una hoja de cuaderno. Tragué saliva y me acerqué hasta la silla, la agarré y la acerqué al escritorio. Me senté frente a él y agaché la cabeza hacia la hoja, leyendo las breves palabras con lápiz que había escritas:

Camino de bajar las escaleras del abismo donde con las manos abiertas me recibirá mi demonio

No entendía nada de aquel mensaje sinsentido y tampoco qué estaba pasando. Miré hacia el frente y me topé con el espejo. Miré mi rostro blanco entre sudores, mi desconcierto e interrogante. Y vi algo más. Acerqué mi cara al cristal del espejo, como si estuviera buscando más respuestas en él que a mi alrededor, y vi que en la estantería un libro sobresalía entre el resto. Yo no toqué ningún libro por la tarde cuando subí al estudio, alguien debía de haber sacado ese tomo. Me levanté

rápidamente de la silla y noté el sudor caer por mis mejillas. El corazón me iba a cien. Sería otra de mis pesadillas, no puede ser real nada. Suspiré y aspiré aire lentamente, tenía que mantener la compostura. Nada de lo que estaba sucediendo era real, todo formaba parte de otrao macabro sueño en el que estaba atrapado. Me acerqué a la estantería y agarré el tomo sobresaliente de esta, lo extraje y comprobé que la cubierta estaba repleta de polvo.

Aparté con los dedos la suciedad y leí el título de *"Infierno"* del famoso escritor antiguo Dante. Tragué saliva con fuerza y volví a sentarme en la silla del escritorio. Miré de nuevo el mensaje que había escrito en el papel con incredulidad. El tiempo se quedó parado, no supe reaccionar, pensar, ni hacer. Miré de nuevo al espejo en busca de respuestas, vi mi gesto de incomprensión. Miré mis manos rojas y sudadas, me costaba moverlas. Estaba atrapado en el espacio-tiempo de la nada, con todo en mi cabeza, el ser y estar, con la pregunta y la respuesta. No sabía qué pasaba, pero lo entendí. Lo que no entendía es por qué lo sabía. Apagué las luces del estudio y cerré la puerta, bajé sin prisa las escaleras de la casa y me senté en el sillón frente a la apagada chimenea. Allí, sin luz. Tenía el libro en una mano, y el mensaje del papel en otra.

Sabía que el Gran Capitán Morris entró en la casa por la tarde mientras dormía pacíficamente frente al fuego de la chimenea. No sabía cómo había entrado, pero ahí estaban sus grandes huellas del zapato marcadas con agua desde la entrada hasta la sala de estudio. Escribió el mensaje y dejó al borde de la estantería sobresalir el libro de Dante. El mensaje que Morris escribió en el folio era una total declaración de intenciones. Morris, sencillamente, iba a morir. Como ya había dicho la misma mañana, la criatura que arrastró a sus amigos al mar acabaría lo que no pudo en su momento con Morris. Él se entregaría a los mismísimos brazos del monstruo, descendería su cielo de mar, convertido ahora en infierno desde años atrás, hasta llegar al demonio. El protagonista del libro de Dante descendía los caminos del infierno hasta llegar a Lucifer en las profundidades. Y el Capitán Morris tenía claro quién era su Lucifer.

La misma criatura que perturbaba su descanso por las noches, la que lo mataba cada día y a la misma vez lo dejaba con vida.

Ya era de noche cuando salí de la casa bajo la tormenta odiosa. El granizo corrompía las calles y el frío nublaba los pensamientos. Caminaba con prisa y con la esperanza a rastras. Serpenteé las escurridizas calles hasta bajar al paseo marítimo y ver la silueta del faro iluminada por los relámpagos del cielo oscuro. El foco de la cabina esta vez estaba apagado, ya nadie controlaba su luz. La arena se convirtió en oscuro barro y las fuertes olas de la playa se escuchaban estallar unas con otras.

El nerviosismo volvía a mí, sustituyendo al desconcierto que sentía en la casa. Morris a estas horas de la noche ya habría navegado en su barco hasta el fondo del mar para enfrentarse a su destino fatal. Arthur no se

enteraría hasta la mañana siguiente, cuando supuestamente nos íbamos a reunir los tres de nuevo en el faro. El joven Arthur era el que adornaba la soledad de Morris cada día, la única persona que había estado con él durante sus noches de soledad. Me empecé a sentir mal, me dolía el estómago y la cabeza. El sudor volvió a deslizarse por mi cara y comencé a temblar imaginando a Morris ahogándose. Corrí lo más rápido que pude por el paseo marítimo para llegar al faro. Pasé por al lado de todos los restaurantes de la costa del pueblo, que estaban cerrados con las mesas y sillas apiladas en la puerta.

Tras la ventana de uno de ellos, una breve luz mostraba la silueta fija pegada al cristal. Mis encuentros con aquel tipo siempre eran iguales. Ya sabía que aquel rostro de brazos pegados al cuerpo era el de Eduard, al que conocí la misma noche que llegué. Apenas lo miré, seguí corriendo cada vez con más fuerza con el deseo de llegar al faro. Pude sentir su mirada inmóvil clavada en mi nuca, perdiéndose conmigo entre las calles y la frenética ansiedad que sentía.

Llegué hasta la cuesta empedrada y ascendí entre jadeos el camino hasta la puerta de la atalaya. Miré hacia el puerto de al lado y me encontré con la ausencia del gran barco de Morris. Aunque ya lo imaginaba, sentí que el mundo se caía encima de mí. Morris se había encaminado hacia su propia muerte. Con nulas intenciones y el peso de la desdicha, me dirigí a la puerta del faro y llamé a la puerta varias veces. Segundos después, la puerta de entrada al faro se abrió, desvelando el umbral de luz tenue que desvelaba el vestíbulo.

Confuso, entré dentro y cerré la puerta, dejando atrás el frío y la lluvia. Me detuve en silencio absoluto para ver si se escuchaba algún sonido de la cabina. Comencé a subir los peldaños muy lentamente intentando escuchar algo de arriba. Las escaleras de caracol se me hicieron eternas, el doble que la primera vez cuando las subí. La hilera de antorchas me guiaba por los muros de piedra medieval de aquella fortaleza. Me pregunté qué había tras las puertas con números grabados que Arthur no me enseñó el día anterior. Conforme subía los escalones un sonido muy breve empezó a escucharse, casi imperceptible. Me detuve en seco para escuchar mejor, sentí mis fuertes latidos y la respiración desbocada. Seguí caminando escaleras arriba con el sonido creciente, una especie de melodía, una canción que cada vez escuchaba más fuerte, que provenía de la cabina y me resultaba familiar.

Llegué hasta el umbral, abrí la puerta y me encontré la sala vacía, ahora toda iluminada. De alguna parte de la habitación llegaba la fuerte tétrica canción que me torturaba en la pesadilla del día anterior. De nuevo, me sentí mareado, todo me daba vueltas. La cabina seguía igual que la misma noche, con la petaca al otro lado de la sala, las sillas esparcidas, la cama sin hacer. La canción se repetía en un bucle infernal que no me rmitía pensar con claridad. En cualquier momento me desmayaría, algo estaba

fallando, algo no iba bien.

Me senté en el cómodo sillón de Morris mientras me tapaba los oídos para no escuchar la siniestra melodía. Pensaba que iba a morir de un momento a otro, estaba sufriendo alucinaciones. Nada de lo que sucedía era real y tenía que despertar cuanto antes. La música solo cesó cuando se volvió a abrir la puerta de la cabina y entraron el Gran Capitán Morris y el joven Arthur. Ambos mostraban el rostro serio y no intercambiaban palabras. Se aproximaron lentamente a mí:

- ¿Morris? ¿Estás aquí? ¿Estás vivo? – le grité con incomprensión-. Tú deberías de estar en el barco, deberías es…

-Debería estar muerto, ¿no? - interrumpió Morris con un tono enfadado y un rostro impugne. Intenté levantarme para salir corriendo del faro, pero tenía el cuerpo paralizado. Sentía que estaba atado-. No lo intentes, Thomas.

Como un niño obediente, me senté sin rechistar. Miré hacia todos lados, intenté recapitular todo lo sucedido hasta ahora. Algo extraño estaba sucediendo.

-Tú has ido a enfrentarte a tu demonio, la criatura que te tortura todas las noches. La que no te deja vivir en paz, la que te hace ser infeliz -comencé a gritar-. Acábalo, ve y acábalo.

Morris se inclinó hacia mí y acercó su cara a la mía. Su mirada de desprecio y repugnancia sustituían al alegre y simpático Capitán que yo conocía.

- ¿No es ese acaso tu demonio? ¿No es acaso tu tortura diaria? – Morris bramaba como una bestia-. No tienes derecho a matarme.

-Oh pobre, no le grites- intervino Arthur con un tono extremadamente agradable y con una sonrisa más que cordial-. Está teniendo otro de sus episodios, no se ha tomado su medicación.

Palpé el lado derecho de mi chaqueta y extraje un pequeño frasco con pastillas. Lo abrí y me llevé unas cuantas a la boca. Lo sabía desde el principio. Todo formaba parte de una trampa. No les dejaré que se metan en mi cabeza, otra vez no. Ellas no deciden por mí, yo escribiré mi destino y el de todos. Por su culpa, ahora el Gran Capitán Morris estará ahogándose en el fondo del mar, lo tenían todo preparado. Nunca podrán poner barrotes a mi libertad, porque yo me he sacrificado para ser libre. Borré mi pasado y me reinventé. Renuncié a otra vida y renuncié a mi cuerpo para estar aquí.

En el fondo estoy satisfecho, sé que soy quien quiera ser. Ellas no, forman parte del resto de cretinos que conciben la idea de libertad como un mero pensamiento. Creen que son libres, que el camino de la izquierda es el correcto y no el de la derecha. Todos creen que son causa y consecuencia, pero únicamente son ignorantes que viven recluidos en sí mismos. Cada día viven atrapados en su jaula psicológica de infelicidad, de culpa, resentimientos, tristezas y arrepentimientos. Yo me liberé de todo eso.

Puede que mañana regrese al pueblo, iré de nuevo al faro y me encontraré con el Gran Capitán Morris y el joven Arthur. Esos monstruos no nos arrastrarán al fondo del mar.

La habitación número treinta y dos está bien iluminada, en ella hay tres individuos. Las doctoras se acercan al sujeto para apretarle las correas al sillón verde. En la habitación solo hay un escritorio con un espejo y una cama.

- ¿Qué me habéis hecho? - brama violentamente el paciente- ¡No puedo moverme!

-Eduard, ¿no habrás estado toda la mañana escribiendo, ¿verdad? – pregunta con tono amenazante la doctora-. Ya sabes que está prohibido

para ti.

- Pero ¿qué dices? Yo no me llamo Eduard, sacadme de aquí ya.

La doctora más seria ríe mientras niega con la cabeza. La otra mujer lee por encima el manuscrito del paciente a la vez que se lleva una mano a la cabeza.

-Oh, Eduard. Hacía tiempo que no tenías un episodio, con lo que habíamos avanzado -habla con un tono dulce y triste la doctora-. Pero ya sabes que no puedes volver a encerrarte en escribir, tienes que dejar atrás esa manía.

-No sé quiénes sois, pero yo no escribo, no me gustan los libros -dice el paciente enfurecido.

-Claro, como el mar, ahora resulta que te encanta -dice en tono burlesco la doctora seria-. Escucha, no te lo vamos a repetir una semana más. Intentaste suicidarte, por eso estás aquí encerrado.

-Eduard, ya sabes que desde que murió tu padre en aquel trágico accidente en el mar nunca te lo perdonaste -la doctora más agradable continua con tono dulce-. Fue cosa de niños, no fue tu culpa. Por eso le cogiste miedo al agua, no querías ir a la playa. Y luego lo de tus amigos también…Ellos solo querían ir de pesca, tu fuiste y esa noche te dormiste temprano. Cuando te despertaste en medio de la tormenta ellos ya se habían ahogado. Tampoco tuviste culpa de eso, Eduard…

El paciente se tranquiliza y deja de moverse. Su gesto es tranquilizador, mira hacia la nada y no muestra expresión alguna.

Las doctoras le suministran el medicamento por vena y se marchan de la habitación con el manuscrito. Cierran con la llave. La melodía vuelve a sonar.

El paciente comienza a reír a carcajadas y mira fijamente los altavoces situados en las esquinas del techo blanco de la habitación.